EL HOMBRE

Semanario anarquista

Editado por los Centros de Estudios Sociales

REDACCION Y ADMINISTRACION

Domingo Aramburú, 1828

AÑO I. | MONTEVIDEO, SÁBADO 4 DE AGOSTO DE 1917 | (PORTE PAGO) | N.° 41.

Suscripción MENSUAL 0.15

Giros y correspondencias a nombre de CARLOS ARMELLINI

Saber juzgar agenas ideas

La mayor cualidad que puede tener un hombre libre, es juzgar sin pasión las ideas agenas, los distintos modos de apreciar los hechos presentes y vislumbrar los futuros. Quienes se apartan de este criterio sensato y racional, marchando por el camino estrecho del exclusivismo y la intolerancia, cometen un delito grave, atentando contra lo que informa el fondo de nuestras convicciones: la libertad. Y decimos esto, porque no es lógico, ni es justo, que neguemos cualidades progresivas a las ideas que ya no compartimos, basados en que hemos evolucionado y ya no sentimos ni pensamos como anteriormente. Los hombres, se escalonan en cierto orden en planos superpuestos, y el espíritu pasa por fases evolutivas sucesivas en cierto modo ordenadas y metódicas. El condenar en absoluto disposiciones mentales; modos de sentir y de pensar en determinada forma, llevados del buen deseo de que todos acepten nuestras verdades como las únicas dignas, las únicas justas, las más avanzadas, puede ser una práctica contradictoria con el deseo de libertad y el propósito de justicia que decimos sustentar. Los hombres, piensan y sienten según el punto evolutivo a que han llegado, según las etapas de desarrollo de un proceso de pensamiento. Y en el fondo, ahondando en la psicología, quizá todas las disposiciones espirituales, aún aquellas de arquitectura elemental, aportan su concurrencia al progreso del mundo, cumpliendo su rol de actividad, como resistencia o propulsión.

Este exordio, viene a cuento, por las afirmaciones y negaciones con tendencia exclusivista que se han desarrollado en colaboraciones aparecidas en EL HOMBRE. Unos, han puesto tan altas e intangibles a sus ideas, han cerrado tanto el círculo de sus certezas, que no dejan lugar a los puntos intermedios, a las útiles cuanto necesarias medianías; otros, en cambio, han criticado tanto las fases evolutivas del pensamiento, tanto han condenado las actividades realizadas por el progreso de las ideas, que, en verdad, pareciéranos ver trabajándose los atributos concretos de un nuevo dogmatismo. No podemos creer, que las afirmaciones apriorísticas, nos lleven a lugar provechoso; opinamos en esto, lo contrario de muchos, que jamás razonan sobre verdades experimentales, y sí, sobre el movedizo mar de las abstracciones e ideaciones que revelan del trabajo demostrativo.

Si ha fracasado la Internacional, por ejemplo, ello, no fué por culpa de su forma de organización, y sí, más bien, por deficiencia de sus ideas propulsantes.

Esto, para aquellos que opinan que la Internacional fracasó.

Fracasó o no fracasó, pudiera decirse igualmente, según el punto, como hemos ya dicho, en que nos situemos para juzgar.

Para un hombre realmente libertario, con criterio científico, la Internacional cumplió un rol propulsivo admirable, de cierta relatividad extensiva solamente. Fué el esfuerzo innovador de un momento de la historia de algunos pueblos y dió lo que podía dar, dados los elementos componentes y aquellos otros que le ofrecían resistencia. Nadie podrá decir con certeza que, si mañana se constituyera otra Internacional, habría necesariamente de desenvolverse del mismo modo y apuntar iguales deficiencias que anteriormente.

Nadie podrá afirmar que las circunstancias del medio y los factores sean iguales ayer y hoy, y esto revela que los hechos no pueden resultar idénticos; por lo tanto, los procesos críticos que lleven a la negación de virtualismo a una forma determinada de actividad, están en error. Ahora bien, si en la apreciación de la Internacional, llévase el concepto finalista o de consecuciones definitivas, puede decirse que la Internacional ha fracasado.

Ello, lo ve el más elemental de los espíritus. Juzgando la Internacional con arreglo al propósito de un trascendental y brusco cambio de régimen, al no llegar a obtener tal propósito, pueden considerarlo sus propiciadores un fracaso; pero jamás el hombre libre. Y si los partidarios de la Internacional del mañana, siguieran creyendo en la capacidad finalista de tal organización, podemos entonces titularnos profetas y decirles que se anotarán otro fracaso más; pero si en lugar de eso, lo que se procura es dar algunos pasos hacia adelante —cuantos más mejor— la internacional es cosa útil, algo que fué y será posible, algo que cumplirá, en relación con los factores que lo determinen, en más o en menos, acción de progreso. Así, pues, quienes pueden calificar el fracaso de la Internacional, son los mismos finalistas; pero un hombre libre jamás podrá hacerlo, desde que no existen para él, los finalismos ni las transformaciones radicales y repentinas, y sí, más bien, una accción continuada, cuya intensidad, en primer término, está regulada por la voluntad de los elementos de progreso, por la facultad superadora que se llama: *querer*.

Nota de la semana

EL CULTIVO DEL CRIMEN

Nos extraña que haya periodistas torpes que pongan el grito en el séptimo cielo, cuando algún milico comete crímenes horrendos, como martirizar y estropear pequeñuelos.

El cuartel da frutos de insensibilidad y miseria moral, anulando todas las fibras que pudieran vibrar en un sentido realmente humano. Días pasados se hizo público que un soldado había matado a golpes a una pequeña criatura, habiendo sido encubridora de tal acto la misma madre de la infeliz víctima del salvajismo. A nosotros, no nos puede causar extrañeza una actitud semejante, un crimen tan horrendo, estando convencidos de los frutos que puede dar la moral cuartelera.

No hace muchos días aún, presenciamos un espectáculo doloroso en la puerta del cuartel existente en Sierra y Hocquart, dónde cuatro ó cinco oficiales rodeaban a una chicuela de aspecto humilde, haciéndola objeto de proposiciones lúbricas, como se deducía por el aspecto azorado y confuso de la infeliz pequeña. Son varias las ocasiones que, ante crímenes horribles cometidos por militares, no hemos extremado la crítica de los mismos, por estar convencidos de que son naturales consecuencias de una vida ruín, como es la vida cuartelera, que malea todo lo digno que un hombre puede tener: carácter, independencia, responsabilidad.

El cuartel es la escuela del crimen, el deformador del hombre, la fábrica de la bestialidad, el antro de la lujuria. Allí florece el vicio en sus más abyectas manifestaciones, reproduciéndose las escenas antinaturales bien descriptas en el «Satiricón». Es el único lugar, de que puede decirse que no produce una sola cualidad enaltecedora, una sola condición de humanidad.

El cuartel, es un antro poblado por fieras, que irónicamente muchos llaman héroes.

Boycot a "La Tribuna Popular"

Vergüenza del periodismo uruguayo. Hombres conscientes, no la compréis.

El país de la miseria

LECCIÓN DOLOROSA

Caen pequeños y grandes. Caen dolorosamente, mordidos por la necesidad, trabajados por una miseria ruin y vengativa. ¡La vida!... la vida no significa siempre un placer, un goce, una satisfacción. La vida, vístese de negro, y corta en la sensibilidad una herida que se ahonda hasta el suicidio.

Dramas ignorados que se desarrollan todos los días. Dramas cuyo principal factor es la miseria que asola las chozas de las campiñas y las casas de los poblados, la terrible e insultante miseria, fea como el delito! ¡Oh, la miseria!... ¡Cuántas jóvenes van a prostituirse empujadas por su mano maligna! ¡Cuántos hogares deshechos, cuántas existencias torcidas, cuántas tragedias silenciosas, cuántos suicidios lentos, trabajados por el alcohol en las alegres pulperías camperas ó en el lujoso café de las ciudades! ¡Oh, la miseria!... ¡Qué angustia se apodera del alma al contemplar en las mañanas frías de este invierno a pequeñuelos descalzos, imaginando después, que, por lo menos, estos, se mueven y viven, mientras centenares se mueren por falta de alimento!... ¡¡de hambre!! En tanto, se dicen discursos llenos de buenas palabras, de mejores deseos, con anhelos santos; pero el hambre mata, la miseria prostituye, degenera, malea y hace del hombre un bestia.

Ya pueden los políticos blasonar de que su país es el mejor de América, de amplia cultura, de progresos, de grandezas, de ideas nobilísimas, de todo lo que quieran; pero mientras la miseria recorre triunfante campiñas y poblados trabajando la degeneración de sus habitantes, no se podrá hablar de progreso nacional ni de patria, ni de otras tantas pobres cosas con que se llenan la boca los que están arriba en el paraíso, los que empobrecen al país con su parasitismo criminal.

¡Oh, la miseria!... miseria tristísima; pauperismo de salud y de ideas entre gentes demasiado honradas!...

La crítica del anarquismo

Abrir puertas. Abrirlas de par en par, para que entre el sol, para que haya luz y aire, y ventile y renueve el medio.

El anarquismo no puede continuar cerrado a la crítica. Como una habitación que hace tiempo se halla cerrada, hay que abrirle puertas y ventanas, para que el sol y el aire, cumplan su rol purificante y renovador.

Luz y aire, crítica sana de hombres libres, de hombres no afectos a tendencias, a partidismos, a exclusividades. Esó queremos, eso anhelamos para el anarquismo, para las ideas nuevas que amamos mucho, que las queremos cada vez mejores, más brillantes, más serenas, más racionales y conscientes.

Ideas de belleza — tal son ellas — merecen la crítica del bueno que las anhela aún mejores. Abramos, pues, las puertas y ventanas a la crítica del anarquismo, y trabajemos serenos y tranquilos por su progresiva ascensión a planos cada vez más elevados.

El anarquismo que fué: fué; — ya estaba dicho — lo que importa es vivir el nuestro, haciéndolo mejor. De nuestro anarquismo, dirán también los hijos: *fué*; y lo que fué, ya no será igual: no debe ser igual.

El anarquismo no teme la crítica de los hombres, ni el fanatismo, ni los intereses armados de los enemigos de la libertad. El anarquismo se presenta en el medio sin temores pueriles a que se les juzgue mal y comprenda peor. El nombre de anarquismo, nada representa de tal, si lo que se ha llamado así, no significa un ejercicio de libertad y de auto gobierno.

No queremos un anarquismo a modo de ciencia hermética, cual nuevo dogmatismo que no se pueda someter sin peligro a proceso crítico. No queremos ideas, que hayan de tener como cualidad previa, una forzada conformidad de miras.

Libertad, libertad queremos, para pensar, para innovar, para hacer obra que signifique progreso, que signifique bien.

El temor al confusionismo, sólo puede existir en los campos cerrados al examen; donde se niega la crítica; donde se impone doctrina; donde se elabora el dogma; pero en el anarquismo, hay amplitud de infinito, derecho de análisis y crítica, libertad de pensamiento.

Que se guarden mucho, quienes pretendan legislar las ideas, cerrar el anarquismo a la crítica!... Pues, quienes tal cosa pretendieran, serían enemigos de la libertad, enemigos de la anarquía, determinados quizá por un amor excesivo o fanatismo por la anarquía misma.

Ya lo hemos dicho

Lloyd George, esa figura sobre la que todo el mundo pone sus miradas de admiración, después de decir que «el gobierno es el representante del pueblo», dice que: «La Cámara debe saber que el gobierno tiene una sola intención: la de ganar la guerra.»

De lo que se desprende que quien tiene esa intención, es el gobierno y nó el pueblo, demostrando así que a éste le es impuesto por aquél, el concurso a la continuación de la gran carnicería que asola hoy los campos de Europa, y con su sacrificio, estéril para el progreso del mundo, el triunfo de las ambiciones de los entronizados.

Nuestras afirmaciones de que todo pacto entre el proletariado y la burguesía, es nulo para ésta, en los casos de necesidad, y deprimente para aquél en todos los momentos, vense corroboradas por las palabras del Ministro de la Guerra inglés.

Mientras no se convenzan los trabajadores de que su acción no está al lado de sus opresores, sino junto a sus hermanos de dolor, la burguesía se afirmará cada vez más en su trono de explotación, engañándole con fórmulas gubernativas que ningún bien real le traen, que no le conduzcan a ningún mayor bienestar.

Mis ideas y las vuestras

A «EL DEMÓCRATA.»

Vosotros, señores de «El Demócrata», estáis en un error al estimar que yo haya podido robustecer vuestras ideas con un concepto crítico. Vosotros, señores, no tenéis derecho alguno a ejercer el exámen de las ideas ajenas, mientras no empecéis a ejercerlo en vuestro campo, mientras no empecéis la crítica de las vuestras y no os limpiéis el alma de tinieblas, y vuestro pensamiento no tenga una independencia de bondad y una inspiración de desinterés.

Opuestos en absoluto, como sois, a las ideas modernas de la época, ¿qué es lo que perseguís por medio de vuestras mañosas teorías obreras, sino que perpetuar las miserias del pueblo en nombre de Dios, de la ley y del gobierno? ¿Lucháis por ventura en aras del bien de los pobres, por la justicia que asiste a los proletarios para participar de las riquezas del trabajo, acaso por destruir los dominios de la holganza privilegiada y los predominios y crímenes de la tiranía? No; vosotros no lucháis por nada de esto. Vuestra lucha tiende a perpetuar la pobreza, a hacer eterna la mansedumbre, a que continúen las diferencias de clase, los males del privilegio, circundados por los ritos de vuestro dogma divino.

Si el nombre de cristianos os sirviera al menos para ir en contra de los ricos y para elevar la miserable condición de los pobres a una igualdad económica, quizás entonces tuvierais derecho a ejercer la crítica, apoyados en deseos de bien, de verdad y de sinceridad. Pero hombres que como vosotros gustan de la resignación humana, del atraso y de la oscuridad, no tienen ningún derecho a participar en las luchas de la civilización, ni a contribuir a ninguno de sus problemas palpitantes.

Vosotros pertenecéis a los absurdos del pasado, y sois, por lo mismo, las rémoras del presente. Defendéis del pasado sus anacronismos y sus males y os estorba del presente la luz del pensamiento, las conquistas de la filosofía y de la ciencia. Es natural que con tales disposiciones y predisposiciones de espíritu, vosotros odiéis al anarquismo por lo que éste tiene de arrollador y de precursor, de decidido y de verdadero.

Yo, como anarquista, no temo decir los errores que encuentre a mis ideas, ni de exponerlos ante amigos y adversarios. Pero, ¿hacéis lo mismo vosotros? Yo le he dado un alcance que vosotros consideráis, confirmatorio, de vuestras ideas, que no es vuestro alcance, ni el que soléis darle a vuestras misologistas diatribas. Mi crítica no es, pues, vuestra crítica. Mi crítica no condena las revoluciones del anarquismo, tanto menos cuanto que el anarquismo se halla compuesto por hombres que sufren el peso de todo género de injusticias, por hombres que son merecedores de vivir y no viven, que tienen derecho a participar de la riqueza social y no participan, a ir vestidos y van desnudos. No, mi crítica no iba dirigida contra el nervio revolucionario que a todas horas deben desarrollar los caídos, los vejados, los infortunados; iba dirigida a desvanecer una concepción en unas ideas que serán a no dudarlo los verdaderos principios de las civilizaciones futuras, los principios de la libertad y de la justicia entre los hombres. Y es que el anarquismo lo pienso y lo deseo siendo la entidad colectiva más razonable, más sana de criterio y más dada a la rectificación y al progreso; lo pienso y lo deseo siendo la potencia más culta de todas cuantas se agiten en los medios sociales, sin que por ello pierda sus violencias, esas violencias que ponen más cerca del pueblo los disfrutes económicos, que tronchan dictaduras y concluyen con déspotas y con instituciones arraigadas y sostenidas por la fuerza y por los prejuicios de la historia.

Las críticas que hago a las ideas del anarquismo, no las hago por odio sino por amor al anarquismo, mismo y para contribuir a sus evoluciones y al desinterés de su filosofía. Así pues, si bien critico algunos conceptos del anarquismo, no dejo por ello de pertenecer a sus huestes, huestes que de día en día persiguen e investigan más claramente la verdad, para que la verdad sea el fundamento de las sociedades humanas. Vosotros os encontráis en otro plano; vosotros lo combatís por odio y por defender la historia de creencias absurdas, sobre las que las sociedades han venido fundamentando el error y la explotación. Vosotros salís de las iglesias donde chorrean sangre todos sus símbolos, formando contraste con la sangre de Cristo, y salís para defender en los propios medios del proletariado, la hipocresía de vuestro amor a la humanidad; salís de las iglesias, porque en esos templos donde se alberga el más descarado parasitismo, va reinando el silencio y la soledad; salís de ellas, porque el pueblo va dejando de creer en sus doctrinas y va dejando de arrodillarse ante sus fetiches engalanados de oro.

El tiempo os exige que salgáis a la calle y que en vez de hábitos negros, vistáis levita, chaqueta o blusa. Pero en la calle, el pueblo os conocerá. La clase obrera a quién adormecéis con cantos de sirena y a quién prometéis redentoras panaceas, os conocerá también; y llegará un día en que empiece su revolución anulándoos como a falsos apóstoles o como a hipócritas redentores. El anarquismo contribuirá poderosamente a esta obra, no os quepa duda.

El anarquismo tendrá sus errores que somos los primeros en señalar, pero no olvidéis que él representa la fuerza viril de todos los descontentos del mundo y que hace florecer en su alma los gérmenes de la experiencia y de la ciencia. No os preocupe que nosotros, los anarquistas discutamos esos errores con fanatismo y hasta con odio, pues que en esa discusión encarnamos nuestro progreso, nuestra lealtad y nuestra sinceridad. ¿Por qué no empezáis, por hacer vosotros lo mismo con los errores de vuestra doctrina cristiana?

JOSÉ TORRALVO.

San Genaro, Julio de 1917.

Huelga enérgica y huelga violenta

V

Hemos apuntado, someramente, por cierto, la acción que los poderes constituídos se creen con derecho oponer a las huelgas a fin de normalizar y proteger los intereses generales. Veamos ahora otro fenómeno que suele producirse y que a mi ver, merece atención por parte de los proletarios, pues integra una razón social: me refiero a la opinión pública. Acostumbramos habitualmente los libertarios, hacer caso omiso y hasta despreciar estos movimientos, en razón de que el pueblo es ignorante y sintetiza un apego muy marcado por adaptación al medio, de las costumbres establecidas, por lo cual nos parece más fácil y de más fecundos résultados, «arrastrar», en lugar del costoso y por lo mismo, «sistema de rémoras» que implicaría «educar», no obstante ser un hecho bien notorio, que la educación crea aptitudes de variación.

En efecto; ¿quién ignora esta reversión del pueblo contra las huelgas? Hay ejemplos elocuentes de una precisión matemática, diríamos, que ponen de manifiesto la insuficiencia de los métodos gremiales, al ser encaminados a vencer por la violencia; no solo por la incapacidad proletaria para emplear medios que reclaman aptitudes superiores de fuerza, sino también por la incapacidad del pueblo para juzgar hechos cuya moral desconoce, y concluye por hacer recaer sobre quién los ejecuta, toda la responsabilidad del acto.

Uno de estos ejemplos lo tenemos en la lucha agraria recientemente habida en la Argentina. Todos conocemos la posición desesperada, de todo punto antihumana y desprovista de carácter civilizado, como es la vida de los trabajadores del campo. Dificilmente un obrero de la ciudad se adaptaría a esa vida tan sola, tan miserable del campesino. Unamos a la más descarada y vergozosa explotación del terrateniente, del almacenero y el administrador del campo, el vivir en pocilgas sucias y llenas de insectos de todas clases; la soledad inmensa de la pampa dando la sensación de estar en un desierto y la promiscuidad forzosa de animales y gentes, y tendremos un reflejo pálido de esa miserable vida. Hemos visto casos de idiotismo en familias enteras, consecuentes de una prolongada estadía en lugares apartados a toda relación humana. Casos asombrosos, verdaderas reversiones de atavismos incomprensibles, que producen escozores dolorosos, repugnancias amargas, en el alma del observador que alterna, siquiera accidentalmente, con ellos... Pero aún por encima de todas estas miserias, hay algo más, algo que no se puede comprender por sus funestas consecuencias, algo que enerva el ánimo con escalofríos de horror... Son los niños! Dificulto se pueda presenciar un espectáculo más bochornoso que la de esos pobres, desgraciados niños, repletas sus carnecitas de roñas, apenas cubiertas con mugrientos harapos, abandonados a la más desolada horfandad moral y a la más negra esclavitud del espíritu. Cuantas veces he pensado entre ellos, en el bien inmenso que harían los revolucionarios en abandonar sus tácticas bullangueras e hicieran irrupción en los campos para llevar un poquito de luz a sus tenebrosas obscuridades!

Pues bien; a pesar de estas miserias económicas y psicológicas; a pesar de estos dolores de cuerpos y estas angustias del alma, constatamos que sus movimientos apenas dirigidos a conseguir una pequeñísima parcela de bienestar, sólo por hombres colocados fuera del convencionalismo social y con suficiente libertad de espíritu, son considerados justos. Los demás, desde el pueblo estúpidamente inconsciente hasta el gobierno brutalmente interesado, concurren a sofocar todo conato de huelga.

JOSÉ A. GRISOLÍA.

¿Qué educación conviene al niño?

PARA LOS ANARQUISTAS

La educación más conveniente para la niñez, es la que puede satisfacerle todas sus curiosidades. Del mismo modo que al niño se le explica el significado de una mesa, un telescopio, una nube, el sistema planetario, así también se le debe tener al corriente de lo que los anarquistas entienden por anarquismo, lo que los socialistas por socialismo, lo que los patriotas por patriotismo, etc, etc.

Unicamente los que dudan de sus ideas y temen la discusión de ellas, son los que pueden desear a toda costa el triunfo de su criterio—como lo hacen los religiosos y patriotas—aprovechándose de tiernas criaturas, incapaces de un razonamiento y deducción propios.

Abonemos los cerebros infantiles con una educación racional y científica, y veremos al cabo de algún tiempo a esas nuevas generaciones, llenas de vigor y entusiasmo, abarcando con una mirada todos los aspectos de la lucha, ampliamente, dignas de luchar por la anarquía si pensaran así, y dignas también de luchar en contra, si pensaran diversamente. Habría lucha sincera y triunfaría la idea más justa y perfecta.

OCTAVIO TAMOINE

Tribu desordenada y famélica...

Así califica "El Día" a los «niños y niñas bien», modestísimos parásitos que han hecho las delicias del baile del Parque Hotel, en homenaje a Caperton.

No se han quedado cortos los hijos de los burgueses en el asalto al buffet, abonando, según el precitado diario, una total ausencia de cultura social. Ya más de una vez han ocurrido hechos parecidos—dice—con ciertos elementos de obligada asistencia a los lugares donde se come y se bebe gratuitamente. Aquello—agrega—era impresionante y deprimente. Nos referimos al asalto, verdadero asalto de tribu desordenada y famélica.

En un momento las mesas del comedor del Parque Hotel, preparadas con toda clase de elementos de bucólica, quedaron vacías.

La gente de frac y de seda, da los ejemplos de la más baja animalidad.

¡Vaya con la burguesía que tenemos!... ¡Qué honor para el país!...

Un comentario

Hay cosas que tienen un carácter tan especial que imponen de inmediato el comentario.

Tal es la conducta de 2700 obreros ferroviarios del Rosario de Santa Fe, que no estando de acuerdo con una huelga votada por 374 de sus compañeros, se han plegado a ella no obstante, por complacencia, según dicen en un manifiesto que tenemos a la vista, y principalmente para que no cayera sobre ellos la denominación despectiva de traidores. En un párrafo dicen: «debéis entender que ya no es solidaridad lo que nos hace marchar al lado vuestro; y si más bien os seguímos, es debido a una prudente medida para evitar hechos de graves consecuencias entre nuestros mismos compañeros».

Esto evidencia que, por evitar la división de la fuerzas obreras, los más se han dejado imponer la voluntad de los menos.

Esto, tanto puede ser un mal como un bien, según del lado en que haya mayor razón. No siempre la cantidad vale más que el menor número; pero no obstante lo último, en el terreno gremial es malo que una minoría arrastre contra su volundad a la mayoría; esto es, si las cosas han pasado como nos las pintan desde allí.

Nuestra labor

Nuestra obra no es de consecuciones de metas, sino de ideales. La amplitud que a nuestra labor caracteriza, la sindica como la que más eficacia tiene en el progreso del mundo, sea éste—el progreso—evolutivo o revolucionario. Y tiene más eficacia, porque, justamente, ella trabaja el intelecto y lo moral del individuo, basamentando así todo progreso colectivo.

Nuestros ideales son de bondad y saber, de libertad y armonía social.

Y ellos nos impelen a esparcir nuestros conocimientos de las cosas y a demostrar las falsedades e injusticias del actual medio, y a luchar por que desaparezcan las desigualdades sociales, y por ende sus consecuencias de vicios y depravación, de maldad e injusticia.

Ellos nos enaltecen, imprimiendo en nuestros actos, un carácter de bondad y justicia.

Y, al hablar de bien, no queremos eludirnos de la responsabilidad que nos toca por nuestras afirmaciones del empleo de la violencia, en la consecución de los nobles fines que perseguímos. La creemos necesaria, cuando trae aparejada una finalidad humanitaria, en cuyo caso se encuentra en la manifestación de revolución.

No somos partidarios de la violencia por sistema. Creemos en la necesidad de su uso, cuando se trata de que el medio dé un paso adelante, en su carrera progresiva.

Como repudiamos el arma parlamentarista, por la indignidad y falsedad que encierra, tomamos por arma decisiva, entiéndase bien, decisiva, a la violencia. Y he aquí por qué toma la violencia el carácter de revolución. Porque encarna una transformación del medio, en sentido de avance.

Y como toda acción necesita su proceso; como antes de la realización de un acto, es necesario ver sus conveniencias, y formarse la voluntad para su realización, así la revolución tiene su proceso, comenzando éste en la evolución—que viene a ser la vista de la necesidad de ella, y la formación de la voluntad de su realización, y por tal existirá la conciencia—y terminando en su efctividad, con todos los frutos de una vida superior a la que se llevaba.

Y no decimos *terminando*, porque creemos que el progreso se estanca, no. Lejos de hacer lo que las religiones todas, señalando una finalidad limitada, creemos que la revolución no es el estancamiento del mundo; aunque así fuera, no lo querríamos.

Como realizado un acto, nos preparamos para la realización de otro, y se ejecuta en nosotros el proceso antedicho; así el mundo, en su incesante carrera progresiva, efectuada una revolución, realiza, indudablemente, una acción *evolutiva*, hasta que otra revolución se lleva a cabo.

Y si las revoluciones serán necesarias en lo porvenir, se sucederán eternamente.

Porque nuestra obra no tiene fin, no es obra de consecuciones de metas, sino de ideales.

Porque meta significa una finalidad concreta y limitada, y nosotros perseguimos un ideal.

J. OLLIVER.

La idea de igualdad y comunismo

II

A la elevación moral e intelectual del hombre sucede indefectiblemente el deseo de emancipación económica y gubernativa. Por esta parte, suponemos, no habrá disparidad de opiniones entre los que siguen el proceso de las ideas.

Es en el individuo, el deseo de mejorar su propia existencia y la de sus semejantes, una condición peculiar de progreso efectivo que se extiende constantemente, y de cuya, parte la acción dinámica que trasmuta valores encauzando a las generaciones humanas por una senda de justicia y equidad. Y esa corriente que se manifiesta decidida en los hombres de progreso, procurando infiltrar el espíritu de independencia en las colectividades que permanecen sometidas indolentes a la regimentación antagónica imperante, significa abrir un cauce a la idea de un vivir mejor también; pues que imaginar progresos individuales o ideas de liberación sin tener en cuenta su relación equivalente en la forma de convivencia humana establecida, sería un absurdo imperdonable

Si el hombre progresa, el medio en que se desenvuelve progresa también, y como quiera que está sujeto a las disposiciones que emanan del orden establecido que le coaciona, debemos admitir que tarde o temprano ha de restarle fuerzas, contribuyendo en esa forma a su desaparición total, que es la tendencia que se manifiesta y que sin duda alguna ha de producirse, mediante el esfuerzo conjunto, por compenetración individual, acerca del rol que desempeña y debe desempeñar el hombre como fuerza activa e independiente en el concierto social. Tal consecuencia es ineludible y es la que nos impele a sacar conclusiones efectivas de razonamiento alrededor del resultado final que traerá, como consecuencia lógica, la elevación del hombre en lo que concierne a la faz social de la idea de liberación y de justicia.

El comunismo, pues, es la resultante de la inteligencia en un grado superlativo de conciencia humana, que ha de producirse cuando el Estado desaparezca por ley determinativa de justicia social, afianzada en el raciocinio y la equidad; manifestándose, desde luego, el entendimiento en sentido convergente a un centro de actividad recíproca que relacione las necesidades comunes y solucione las inconveniencias que depara la carencia de armonización en el conjunto, puesto que el hombre está sujeto y depende de múltiples factores de índole colectiva que no puede desconocer a trueque de hacer exclusivismos absurdos.

Luego, partiendo de una base racional ¿cuál es el resultado a que arribarán los hombres cuando conozcan, una buena parte de ellos, si no la generalidad, lo que representa la existencia humana y lo que importa la superación individual? Por supuesto que no admitiremos la hipótesis de que seguirán desenvolviéndose bajo la influencia gubernamental en un estado de dependencia efectiva y continuada, desde que las condiciones psíquicas de cada uno no establecerían principios de resignación, sino, por el contrario, prácticas de energía y actividad. La respuesta deductiva no se hace esperar, pues, y, ajustándonos a ella, observamos que la inteligenciación sienta principios afirmativos de oposición al temperamento no muy generalizado, que niega o desconoce la posibilidad de una vida equitativa y armoniosa de conjunto; que procuraremos ampliar concisa y terminantemente con observaciones más detallistas, en el próximo número.

BENJAMÍN BALZANO.

NUESTRA RIFA.— Recordamos que están en circulación los números de la rifa de un traje de $ 25 de valor, cuyo precio es de 0.06 el núm., los que pueden retirarse en nuestro local: Domingo Aramburú 1828.

Valores que triunfan

Los hombres que dentro del actual régimen social no se conservan al calor de las leyes que lo determinan—me refiero a los que saben ser psíquis-reales de progreso, y no simples factores—sobresaliendo a los muros que se han marcado los Estados, dividiendo la tierra en pequeñas naciones; son gestos que marchan lentos pero seguros, camino hacia el triunfo por el Ideal, en ellos presentido.

Los caracteres que con firmeza y tesón desmoldean el poder de odio que ajustan los pueblos a la conservación abstracta de un mecanismo absurdo, llevan en sí un caudal de bondad infinita, con la que brindan generosamente a las pacientes muchedumbres.

Son los modernos "magos" que marchan de frente a la luz, hacia otro nuevo Oriente. Sus alforjas repletas de objetos novedosos, son aventados como en la era del labrador el trigo, en provecho de los huérfanos del pensamiento, que atrás, lejos de sus espaldas, en la obscuridad se pierden

Ellos marchan asidos fuertemente al árbol inexpugnable que todo lo rige, lo puede y lo cría. Son la esencia del Cosmos que se expande aromático por arriba de todas las malezas.

Vano sería el querer obstaculizar el impetuoso avance de la savia que llega, de campos frondosos, invitando a la vida, ingénua, alegre y placentera

¡Paso a tu paso, bienvenida del pensamiento; las huellas que váis dejando, parecen ser de soles nuevos por todos ignorados; vuestra energía es inquebrantable resistencia. ¿Pensáis triunfar?

«¡Sí, porque somos justos!»

C. ARVELO.

Arriba el Telón

Para EL HOMBRE.

Hay cosas que no son para tomar en serio no obstante su importancia. Desgraciadamente, abundan gentes que no les faltan ocasiones y motivos para resultar ridículos, de una ridiculez dolorosa por lo que afecta al ideal anarquista.

Pagarse de suficiente, sentar plaza de hombre superior frente a los demás, quitar o repartir diplomas de talento, erigirse en orientadores espirituales, al mismo tiempo que se niega capacidad a las colectividades y a los núcleos por su espíritu gregario, rebañesco; mistificar sosteniendo enormidades filosóficas; hablar del fracaso de algo que aun no se realizó, endilgarnos breviarios anarquistas, catecismos comunistas, y una serie de cosas más dignas de ser catalogadas con mucho cuidado para el museo de mentiras inofensivas, repletas de desplantes ridículos, de una ridiculez dolorosa por lo que afecta al ideal directamente. Desde que la lógica anarquista, o con mas propiedad humana, posesionóse del cerebro de un puñado de hombres y ejercitóse para juzgar las acciones en un sentido, si otro de los componentes del mundo social que son los hombres, ejecutando podríamos decir la anatomía de los factores que determinaron esas mismas acciones de una complejidad grande, surgió a la conquista del mundo un principio sociológico de una nitidez asombrosa, de profunda filosofía, que señalaba de una manera clara y precisa dónde estaba el mal y en qué consistía. Ese mismo que nutríase y continúa alimentándose de la savia en las ubres mismas de la vida. Que hace de las condiciones superficiales que hubo de crearse el hombre para contrarrestar las efectos salvajes de la naturaleza y acelerar el perenne evolucionar de todos los esfuerzos, y la posibilidad de desarrollarse sin entorpecimientos ajenos a sus propias aptitudes, el dogal mas inicuo para la vida.

Este principio que día a día ensancha el escenario de sus luchas, afianzándose (a trueque de ser optimista) que está llamado a triunfar, sobreponiéndose a todas las ficciones de que vive el hombre, tuvo y tiene sus enemigos. No creo, a decir verdad, en la originalidad de los que lo combaten, hay más que nada una desmedida pretensión de innovar lo que en realidad es excesivamente nuevo. Corrobora este criterio el prurito que «delata la pobreza en pensadores» una literatura enfermiza, atormentada, que presta su léxico de una manera admirable para hacer confuso y enmarañado lo que es sencillo y claro, y que aún siendo de esta manera, no dejo de reconocer que requiere una expresión vigorosa pero no afectada, de una sobriedad natural, de modo que todos podamos comprender e identificarnos con las conclusiones a que se arribe si son veraces, por que vamos.. que el mundo actual no digiere tan fácilmente ruedas de molino. Lamentaría que esto molestase, o viérase en ello intención de zaherir a quien de buena voluntad y con los mejores deseos del mundo, se prestan desinteresadamente a corregir defectos del anarquismo con una modestia excesiva que hace de su vida un calvario, ¡paciencia!

— —

El anarquismo está en bancarrota, aleluya! Como consecuencia, ya no se teme a los anarquistas. Empiézaseles a comprender. Es hora de que así sea. Alguien malísimamente intencionado supondrá que en esto hay adaptación a un medio social que es la antítesis del anarquismo, o de la anarquía.

Y en este tren de suposiciones, creerá también que la virtud poderosa de los ideales más libertarios, no estriba en hacerse prácticos, en constituir realidades afirmadoras de la vida, porque entonces se convierten en sistemas de concepciones acabadas, en teologías y canonizaciones cerradas a cal y canto para los espíritus traviesos que sufren la monomanía de genios de la ridiculez, y que a toda fuerza rechazan todo lo que no parta de los mismos.

Hay parte de razón cuando se sostienen estas cosas originales, extremadamente. Pero los espíritus simples ¡pobrecitos!, carentes de la facultad de raciocinio, que sueñan con el paraíso en la tierra como si fuera posible, todos los que buscan la nivelación de los estómagos, todos los reclutadores de torpes que hacen política aunque no quieran ni lo deseen, todos los deslumbrados por una teoría peregrina, de la revolución catastrófica, todos los que se exponen a sufrir los rigores de una vida excesivamente «justa», y que van a la lucha por cosas tan ingénuas, que se empeñan en conseguir la felicidad para todos los hombres, son seres que hay que catalogarlos como inadaptados a las leyes de la evolución.

ARTURO PAMPIN.

Liga Racionalista

Esta Liga ha sido reorganizada hace algunos meses y tiene actualmente instalada su secretaría en la calle Yaguarón 1238.

Dicta, gratuitamente, cursos de dibujo, los miércoles y sábados, y de gramática los martes y jueves.

También, extraordinariamente, sin fechas fijas, se dan lecciones de lectura comentada, geografía astronómica, física, aritmética, geometría, anatomía, etc.

En breve se dará un curso de Esperanto, dirigido por profesor competente.

Desde ya pueden inscribirse los que deseen tomar parte.

Esta Liga proyecta la extensión de su obra y trabaja por la nueva aparición de su órgano de propaganda «Infancia».

Por la cantidad de socios que se adhieren a ella y por la voluntad de la comisión y los simpatizantes, estamos seguros de que los proyectos serán pronto realidades.

Para ser socio de la Liga se exige solo el pago mensual de la insignificante cuota mínima de $ 0.10.

Un punto

Es doloroso constatar que un considerable número de factores eslabonados van formando la cadena en donde nos sujetamos unos a otros impidiendo así nuestro avance. La característica de los tiempos presentes, en el campo de las ideas, ya no es palanca propulsora del progreso. Nos hallamos trabajando para anularnos unos a otros.

Yo dedicado a la crítica del vecino y él a su vez consagrado a criticar mi vida, sin detenernos un sólo instante a analizar cada uno la suya y corregirla en algo siquiera, de la plaga de errores que fatalmente, tenemos, en mayor o menor escala.

¿Quién con justicia podrá llamarse puro? Nadie. Pues siendo así, ¿por qué no somos un poco tolerantes, para no caer en la ridiculez de adjudicarle a otro, las maldades que tiene uno mismo? Y así vamos perdiendo el tiempo lastimosamente, en vez de procurarlo para nuestra superación moral e intelectual.

Las rencillas personales hanse convertido hoy en arma de combate. La chismografía, es la dueña y señora de nuestras conversaciones.

¿Y con eso vamos a redimir a la humanidad?

Seamos un poco más consecuentes con nuestros principios fraternales, y dejemos a un lado todos los personalismos, hijos legítimos de la ira, y trabajemos todos por el progreso cada uno como le parezca mejor. Y si discutimos, hagámoslo con cultura, no hiriendo intencionalmente la susceptibilidad de nuestros hermanos.

JOSÉ DIÓGENES.

La idea de propiedad y de justicia

La lucha por la vida ha sido y es, no una resultante del medio, exclusivamente, sino un corolario, acicate mismo, necesidad en el hombre. Y necesidad de avance en sus más encontrados aspectos del desarrollo y movimiento humanos.

Lucha formidable es, indudablemente, la del hombre a través de sus etapas, del tiempo en que se mueve y del lugar en que vive, y que ha de sostener, abocado a sus problemas, de una manera titánica, redoblando esfuerzos y multiplicando energías de efectiva valoridad.

Y, así, el hombre, hubo de estar frente al hombre en actitud de arco, a veces y, de flechas, siempre. No es preciso recurrir a la historia, por cierto, para corroborar la evidencia de tal circunstancia. Es tan cierto que al menor descuido, nosotros mismos, por cualesquier futileza de hoy, de ayer o de mañana, no reñimos tan sólo de palabra, sino que hacemos porque ésta degenere en pugilato y en pelea desvergonzada. Es una afrenta quizá y dolorosa en extremo; pero, es así el hombre frente al hombre, lo fué de siempre, porque es ilógico de suyo, tal como explica Ingenieros; y que hubo de razonar aviesamente, obrar muy torpe y conducirse de muy mala manera, de mal talante.

¿Cuáles son, o han sido las energías de efectiva valoridad que el hombre hubo desplegado en la lucha y en la conquista del medio? ¿Cuáles sus esfuerzos más desisivos?

La valoridad moral o efectiva de sus energías, es la inteligencia. Y la inteligencia sirvióle para especular sofismas, tejer mentiras y elaborar el propio engaño: los convencionalismos. Fué esclavo del medio, de ese medio social que él mismo hubo de generar en su espíritu y crear a su vez, en su inteligencia. De aquí que los esfuerzos del hombre fueren una porfía y una imposición: una porfiada tiranía y una impositiva esclavitud; términos estos que se confunden substancialmente, en un como atributo de idiosincrasia.

Bien. ¿Sabemos dónde empieza la lucha y dónde termina? Se dirá que en la inteligencia. En efecto, puede que se esté en lo cierto y así sea. Pero la inteligencia hasta ahora, en el hombre, no ha sido una energía valorante; ha sido un engaño, una simulación. Engaño y simulación, que, como los chirimbolos de un prestidigitador, se han venido pasando de mano en mano, de época en época y de generación a generación. He aquí, repito, el medio: un convencionalismo social creado en la mentira y en el jesuitismo más infame, en la arbitrariedad más canalla. Es la lucha. Y es la vida. Y tal como es el hombre, en la lucha, es la circunstancia de su vida a su través. Circunstancia de avance y de movimiento, que es de conquista o de adaptación. Es entonces, no el prejuicio, sino la idea

de patrimonio, la posesión indiscutible del medio y sobre el medio por la ilógica razón de la fuerza, que es maldad y es felonía. De aquí nace la idea de propiedad. Hace siglos, pues, que la propiedad es.

Alguien define que la propiedad es un robo. Puede que lo sea. Pero sería necesario ponerse de acuerdo en lo que se ha de entender por robo. El que me desposee, por la fuerza, de un objeto que yo he creado, ese me roba, en efecto.

¿He creado, de verdad, el objeto del que hanme desposeído violentamente? ¿Lo he creado o lo he conquistado? ¿Cómo lo he creado?, ¿cómo lo he conquistado? ¿Por aptitud o por la fuerza?

Si lo he creado yo al objeto, es mío, porque es mía la aptitud. He aquí la idea de propiedad. Soy propietario entonces de un objeto que he trabajado y he creado yo. Triunfa, en un avance efectivo, la inteligencia. Hay ya energía virtual en las cuerdas de la vida, sonoridad, armonías propias de una verdadera justicia moral. Y comienza a señalarse en la aurora social la idea de justicia.

Si por el contrario, le he conquistado por la fuerza, ya que no tengo aptitudes o habilidad para crearle ¿he cometido la acción de robo? así es. ¿Y el derecho a la vida?

Torralvo hubo de decir, tratando este tema, que si la propiedad es un robo poco importa como definición. Y agregaba: «Lo importante aquí es que el espíritu activo de los hombres, haga porque la propiedad deje de ser un robo.» Luego proseguía: «Si es un robo la propiedad, ateniéndonos al derecho a la vida que asiste a todos los seres, ateniéndonos también a ese mismo derecho y más aún, a un derecho vivido, la propiedad es y ha sido. ¿Y por qué, se pregunta, es y ha sido la propiedad? A esto sí que no llega la sociología».

En efecto, la sociología no llega a esto; y no llega dado que es muy poco, casi nada o nada del todo, lo que del hombre se preocupa en esta lucha; lucha que es el contenido energético, vital, de los desarrollos humanos.

La sociología relega a una doctrina la interpretación y la solución de la lucha; no al hombre, «al espíritu activo de los hombres» para que trabajen en su vida la conciencia de una aptitud y la inteligencia de una idea virtual, de progreso indefinido.

La sociología soluciona de inmediato los conflictos humanos, y es porque veo que los hombres se mueven dado que tienen hambre. Y de lo que menos le importa al hombre, en todas sus luchas, en sus contiendas miles, es de su estómago. Otras, muy otras causas, son las que le llevan a luchar por la vida.

¿Triunfa en esta lucha que Torralvo la califica de «lucha vital», el más fuerte o el más apto? La sociología pretende contestar y os dice: el más fuerte.

Y, en cambio, la experiencia os dice: el más apto.

ARMANDO LARROSA.

Lo que queremos sea el Anarquismo

Horas de torpeza...

Tontas las horas perdidas por quienes no viven trabajando en la vida con herramientas vitalistas, actualistas, viviendo la hora.

Anarquismo faquirista, Anarquismo menguado que se va en palabras y en cabildeos subalternos ante la vida que reclama concursos, actividades, pensamientos, fuerzas.

Los pueblos han decaído cuando pensaron en la economía del esfuerzo.

Civilizaciones, han alfombrado los caminos de polvo, son ceniza de los tiempos, por haber olvidado con el quietismo, el valor de la noble actividad. Si Grecia fué grande, sus hijos lo quisieron: fueron los más activos de su tiempo.

Persia es un ejemplo eterno. ¡Gloriosa India del Riz-veda! ¿Dónde estás?...

Tus sacerdotes, tus legistas, han asesinado la actividad, le han proscripto, y, millares de años van transcurridos en tu abyección y delincuente yugo.

Reinos de Tiro y Babilonia, grandes civilizaciones de otros tiempos... ¿do estáis?.. La tendencia al menor esfuerzo os ha llevado a la muerte y hoy sois polvo, triste polvo que empuja y lleva el viento por campos y ciudades.

¡Hombres libertarios!...

Si en verdad sois anarquistas, si queréis ser en la vida los artífices de una superioridad efectiva, no soñéis en vidas quietistas, en modos de convivencia social fundados en la procuración del economismo del esfuerzo.

Luchad por lo que estiméis bueno, francamente, noblemente, libremente, en la seguridad que una actividad así, producirá frutos óptimos en el progreso, en la grandeza, en la evolución humana.

Un anarquismo faquirista, no lo queremos.

Deseamos el anarquismo como actividad incesante, como energía fecundizadora, como fermento propulsivo de grandes y nobles acontecimientos sociales.

En las ideas, como en los hechos, no economizar la vida, no hacer balance del gasto, no llevar libro de caja con un Haber y un Debe.

Anarquismo energía, Anarquismo actividad libre, por y para los hombres libres, eso queremos, eso anhelamos.

JOSÉ TATO LORENZO.

Balance del núm. 40 de EL HOMBRE

SALIDAS

A la imprenta (1100 ejemp.)	$	18.00
Estampillas	»	0.70
Tren.	»	0.30
Kerosene	»	0.12
Déficit del núm. 39	»	23.56
Suma	$	42.68

ENTRADAS

Por paquetes y venta de ejemplares	$	10.34
Suscripciones	»	8.00
Venta «Luz y Vida» (Cerro), número 40	»	1.90
«Labor y Ciencia», números 39, 40 y 41	»	4.10
Darriba.	»	0.50
J. D.	»	0.30
Suma	$	25.14

RESUMEN

Salidas	$	42.68
Entradas	»	25.14
Déficit que pasa al N.o 41. .	$	17.54

R. P. López.—Recibimos $ 2.00 suyos y 0.20 de Rú.

M. P., Rivera.—Recibimos $ 3.00.

P. L., Florida.—Por intermedio de «La Batalla», recibimos $ 0.50.

«Estudios», Buenos Aires- — ¿Recibieron nuestro giro?

Moral Anarquista

Casi todos los escritores anarquistas que han solucionado el problema de la moral con un criterio libre de todo prejuicio tradicional, han confundido ordinariamente los principios básicos de la moral con las aplicaciones de ésta. De esta confusión se desprende un verdadero caos de ideas que hace imposible la formación de un criterio exacto sobre la cuestión y proporciona a la finalidad de los actos humanos orientaciones que están fuera de toda moral.

Toda ciencia se divide en dos partes: una lleva por nombre ciencia pura, y la otra ciencia aplicada, abstracta y concreta; la primera división abraza los fundamentos, los principios solos, y la segunda comprende todas las determinaciones prácticas. Entre la primera división y la segunda, existe, además, una relación invisible mal entendida con frecuencia y olvidada muchas veces; esa relación es la orientación de los principios que han de tomar cuerpo vivo en la práctica. Buscando en la conducta humana la razón dinámica, el móvil de los actos, se ha encontrado el más puro egoísmo, el egoísmo base biológica y verdadera de la moral; y de esa razón dinámica, de ese principio vivo se ha deducido la siguiente máxima monstruosa e incomprensible: *haz lo que quieras y como quieras*. Esta regla que enamora a muchos libertarios orienta las aplicaciones de la moral egoísta, que es la moral verdadera, en un sentido muy poco libertario y sirve para justificar todas las cosas y también para dar razón a las escuelas escépticas y, por último, para detener en los individuos todo comienzo de perfección.

La confusión de los principios con sus aplicaciones y el olvido de la relación orientadora, engendran fórmulas como la citada, que, analizada en toda la extensión que abraza, resulta una fórmula que contiene, justificándolas y avalorándolas, todas las inferioridades, las torpezas de espíritu, las monstruosidades morales. Porque hay monstruosidades morales, y éstas son las acciones que están por debajo del nivel de la conciencia media de un siglo; y esta certidumbre y ese juicio de los actos humanos, nunca lo podríamos adquirir limitándonos a las posibilidades y justificaciones de la regla que hemos mencionado.

En primer término, la máxima *haz lo que quieras y como quieras* abona de modo admirable las razones del escepticismo que admite cualquier modo de obrar; pues, el escepticismo no considera que pueda establecerse una jerarquía de valores y subordinaciones, y no cree que la verdad exista en un acto o en otro, siendo para él lo mismo obrar en cualquier sentido, hacer lo que se quiera y como se quiera. La máxima citada parece involucrar un elevado principio libertario; pero esto no es más que pura apariencia, pues lo que en verdad encierra esa máxima, es la más franca arbitrariedad. El que haga lo que quiera y como quiera sin adaptar sus esfuerzos a otras razones de más valor, jamás podrá llegar a ser un hombre libre y un hombre que trabaje por la libertad y el bienestar de los demás. El hombre no vive aislado y las normas morales de exclusiva aplicación individual tienen pequeña importancia; la vida de relación necesita de otro principio menos arbitrario. Si se adopta la arbitrariedad por norma, la libertad no puede existir; cuando no sabemos en qué forma responderán los hombres, desconfiamos. Y si los hombres responden mal, cosa posible adoptando la máxima en cuestión, nos armamos y defendemos, construímos leyes para castigarlos. El principio moral de más amplia libertad efectiva, es el siguiente, proclamado hace muchos siglos y propagado por el apóstol Tolstoy; *haz a los demás lo que quieras se haga contigo*. Este principio no es tan arbitrario como el otro, pero, en cambio, produce y hace posible la verdadera libertad; lleva en sí la certidumbre y adaptando a él todos los esfuerzos podemos confiar absolutamente en los actos humanos. El egoísmo es la razón dinámica de toda conducta; ahora bien, la orientación del egoísmo debe seguir el camino indicado por las razones de conveniencia individual y social. El egoísmo arbitrario y sin norma fija, determina todas las esclavitudes, hace a los hombres enemigos unos de otros; el egoísmo subordinado, mejor dicho, orientado por la vía que traza la máxima *haz a los demás lo que quieras se haga contigo* pone al hombre en posesión de una seguridad que e permite ser libre.

Hemos dicho que el hombre debe ser considerado en su vida de relación y no aislado, en su *yo* absoluto; en este último sentido no tiene importancia. La moral es un producto social y como social tiene valor únicamente. *Robinsón* en su isla puede hacer lo que quiera y como quiera; entre hombres, podrá sí, hacer lo que quiera, pero es seguro que no siempre le tendrá cuenta obrar de modo arbitrario.

Nuestra conducta debe estar subordinada al principio adoptado por Tolstoy; pero, lo que debemos hacer en ese sentido está determinado por nuestra capacidad de hacer. El deber de hacer es la capacidad de hacer. Ahora bien; adoptando la máxima *haz lo que quieras y como quieras*, el deber determinado por la capacidad de hacer, tendría un horizonte muy limitado, esa capacidad sería en el hombre una aptitud inmutable. El hombre de poca capacidad al hacer lo que quiera, no sentirá la necesidad de mejorar su obra, de acrecentar las potencias de su espíritu en la acción. En cambio, adoptando la otra máxima, la capacidad de hacer, sufre los contactos del esfuerzo, se modifica en la conciencia, para alcanzar cada vez mejor el objetivo moral *hacer a los demás*, etc., etc. *El hombre no está hecho, se hace continuamente*, dice Fouillée; la capacidad de hacer evoluciona superándose y agigantándose cuando los esfuerzos humanos persiguen un objeto definido.

No existe una moral del deber fundada en revelaciones divinas o en verdades metafísicas; la moral es un producto social que evoluciona con las sociedades, y el deber es una simple noción humana que determina las experiencias útiles a la conservación de la vida. Las transgresiones morales, consideradas desde un punto de vista científico, no pueden ser castigadas, ni siquiera criticadas; solamente se justifican, se constatan. Es evidente que este criterio no sirve para ser aplicado en la vida ordinaria de los hombres; la sociedad se haría muy difícil.

El deber moral es una fórmula social que abarca un conjunto de experiencias útiles al desarrollo de la vida; y todo lo que impida el juego de esas experiencias debe desaparecer, aunque científicamente no exista motivo de condenación. Hacer a los demás lo que se desea se haga con uno, es una experiencia útil para todos los tiempos; de esa experiencia nace una moral del deber que no tiene nada de divina, pero sí mucho de humana.

Aún dentro de los límites que abraza esa experiencia, no es deseable la arbitrariedad; por ejemplo, hacer a los demás el bien en la forma que uno quiera, no es siempre hacer el bien en la forma mejor. La arbitrariedad es una buena razón para los ignorantes. No se debe hacer lo que se quiera, sino lo mejor, lo que más perfectamente se adapta al fin perseguido. Imponiendo esta obligación al esfuerzo, es evidente que la capacidad de hacer se perfecciona, abarca más horizonte, cumple de modo superior con la vida, favorece la vida.

La moral anarquista, a nuestro juicio, debe tener por fin la máxima evangélica; y por medios, no los que uno quiera, sino aquellos mejores, las experiencias más útiles, en fin, los medios superiores.

Algunos dirán que esta moral es utilitaria, impositiva y, etc., etc. Acerca del utilitarismo, copiaré una página del hermoso libro de Stuart Mill:

«Solo de pasada se debe señalar la tontería cometida por los ignorantes que suponen que la utilidad es la piedra de toque del bien y del mal; su tontería procede de que toman la palabra utilidad en su sentido estrecho y familiar, como lo opuesto al placer. Se debe pedir perdón a los filósofos adversarios del utilitarismo por confundirles un momento, aún en apariencia, con gentes capaces de un error tan absurdo... Este sentido pervertido de la palabra utilitarismo es, desdichadamente, el único popular, el único que conocen las nuevas generaciones... La creencia que acepta como fundamento de la moral, la utilidad o el principio del bienestar mayor, tiene por cierto que las acciones son buenas en proporción del bienestar que reportan, y malas si tienden a producir lo contrario del bienestar. Por bienestar se entiende placer o ausencia de sufrimiento; por desdicha, sufrimiento o ausencia de bienestar.» (Stuart Mill, «El Utilitarismo», pág. 15, 16 y 17).

Volvemos a repetir que la moral exclusivamente individual, no tiene importancia; el hombre debe ser juzgado en su vida de relación y en esta vida de relación es donde la moral, o los actos humanos, deben preocuparnos. La moral anarquista es una moral de amplia libertad; por esto mismo debe rechazar la arbitrariedad de la fórmula o máxima *haz lo que quieras y como quieras*. La arbitrariedad o la ignorancia no producen ni hacen posible la libertad; engendran la tiranía y la esclavitud, siembran desconfianza, incertidumbre; hace a los hombres enemigos unos de otros. Esa máxima sería excelente si todos los hombres fueran seres perfectos, incapaces del mal. Los hombres son, en cambio, animales muy feroces y egoístas, y es necesario que adapten su conducta a una máxima de respeto, a una máxima de deber social, para que la vida sea posible. El deber nace de la propia conveniencia o de la conveniencia de todos...

RICARD

Buenos Aires.